

La Sábana Santa ¡VAYA TIMO!

Félix Ares de Blas

Los debates sobre si el lienzo conservado en Turín —llamado habitualmente en castellano sábana santa— es o no la verdadera mortaja de Jesucristo se vuelven a menudo apasionados y violentos. Dicho de otra forma: irracionales. Al autor no le gustaría que eso ocurriese con este libro. En él defiende que la sábana turinesa es de origen medieval y que por ello no puede ser la auténtica mortaja de Cristo. Este libro no es una obra ni a favor ni en contra de los cristianos ni del cristianismo: trata simplemente de poner las cosas claras sobre una falsa reliquia medieval. Explicar qué son hechos, qué son hipótesis plausibles y qué son auténticas idioteces no puede ser malo ni para la ciencia ni para la fe.

EL SUDARIO DE CADOUIN

Cadouin es una villa de Périgord, uno de los lugares de Francia donde mejor se come, y además con una excelente relación entre calidad y precio. Está situada entre las localidades de Bergerac y Sarlat. La villa se desarrolló en torno a una abadía cisterciense fundada en 1115.

En el siglo XII era práctica común que los monasterios e iglesias importantes tuvieran reliquias. Es más, no se podía fundar ninguna nueva iglesia sin sus correspondientes reliquias. La más significativa de la abadía de Cadouin era nada menos que el santo sudario que había cubierto la cara de Cristo, tal como se cuenta en el Evangelio de San Juan.

Una reliquia tan importante había llevado a numerosos peregrinos a Cadouin durante la Edad Media, pero en 1866 las peregrinaciones habían decaído mucho. Los peregrinos se concentraban especialmente

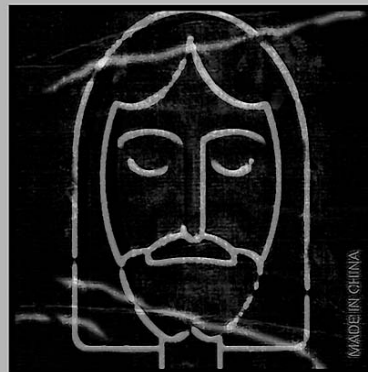
en tres días del año: 15 días después de Pascua, Pentecostés y el 8 de septiembre, fechas en que se llevaba a cabo la *ostensión* —palabra rara, pero se dice así— del santo sudario públicamente y la reliquia era llevada en procesión.

El 5 de septiembre de 1866, tres días antes de la *ostensión* habitual, fue un día especial pues monseñor Dabert, obispo de Périgueux, quiso relanzar el peregrinaje del santo sudario, para lo cual llenó el día de actos religiosos, y uno de ellos fue el traslado de la reliquia desde el cofre que lo había albergado a otro mucho más lujoso y digno de su importancia. El nuevo relicario es impresionante y en la actualidad puede verse en el Museo del santo sudario, en la sala capitular del claustro de la abadía de Cadouin.

El obispo tuvo éxito en su intento de relanzamiento de la peregrinación. A partir de ese día, y hasta 1934, los peregrinos que marchaban a ver el

FÉLIX ARES

La sábana santa ¡vaya timo!



Colección dirigida por Javier Armentia y editada en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

LAETOLI

Reproducción, con todos los permisos, del capítulo primero de *La sábana santa ¡vaya timo!*, de Félix Ares, publicado en la colección "¡Vaya timo!", de Editorial Laetoli, 2006 (10 euros).

santo sudario fueron en aumento, ayudados sin duda por la mejora de los transportes.

La abadía de Cadouin fue fundada por el anacoreta Gérard de Salles. En sus orígenes, ni la abadía ni el eremita pertenecían a ninguna orden, pero en 1119 ambos pasaron a formar parte de la poderosísima orden del Císter.

No sabemos exactamente cuándo llegó el santo sudario a la abadía. La primera mención es de 1214: Simon de Monfort ofrece la cantidad de 25 libras del Périgord para mantener encendida una lámpara que debía arder día y noche delante del santo sudario.

¿Cuál era su origen? No hay datos históricos, pero un documento de

1135 señala que había sido descubierto en el transcurso de la primera cruzada, iniciada en 1097, por el obispo de Le Puy, quien lo confió a uno de sus capellanes, quien al morir se lo dejó a su vez a un monje del Périgord. La reliquia quedó depositada en una iglesia cercana a Cadouin. Al sufrir un incendio, los monjes de la abadía que habían acudido a sofocarlo descubrieron que el santo sudario *milagrosamente* no se había quemado. Se llevaron el lienzo a su abadía y, para poder estar cerca de él, el párroco de la iglesia incendiada (ahora sin iglesia) ingresó en la orden del Císter y en la abadía de Cadouin.

Del siglo XIII procede un documento de un monje de Trois-Fontanes, en la diócesis de Lieja, en el que se añaden algunos datos. Fundamentalmente dice lo mismo, pero proporciona más detalles. Por ejemplo, que el santo sudario fue descubierto en Antioquía —la primera cruzada llegó a esa ciudad en 1097— en un recipiente de plomo y cerca de la santa lanza.

No creo que haga falta advertir que estos relatos se crearon en gran parte para demostrar la propiedad indiscutible de tan importante reliquia por parte de la abadía. Se duda que reflejen la realidad, pero no de que a partir del siglo XIII hubo grandes peregrinaciones para ver el santo sudario, que atraía no sólo a los habitantes de Périgord sino a numerosos peregrinos.

Para evitar el pillaje durante la Guerra de los Cien Años, en la época del Gran Cisma de Occidente, el abad de Cadouin Bertrand de Moulins decidió transportar el santo sudario a Toulouse en 1392. Los tolosanos tuvieron la reliquia en gran estima, tanto que cuando los de Cadouin pidieron que les devolvieran su santo

En el siglo XII era práctica común que los monasterios e iglesias importantes tuvieran reliquias. No se podía fundar ninguna nueva iglesia sin ellas. La más significativa de la abadía de Cadouin era nada menos que el santo sudario.

sudario, se negaron a hacerlo. Hubieron de esperar a 1455 para recuperar lo que era suyo, y lo hicieron de un modo digno de una película de Hollywood.

La abadía de Cadouin envió a cuatro monjes a cursar estudios a Toulouse. Además de estudiar las asignaturas de su carrera, los monjes hicieron otro tanto con las protecciones del santo sudario. Así que lograron duplicar las llaves del relicario y un día entraron, lo abrieron y se largaron con él a todo correr hasta Cadouin. El retorno de la reliquia de modo tan espectacular aumentó su popularidad, pero el lienzo sufrió una serie de incidencias que resultaría muy prolijo enumerar aquí. En resumen, temiendo que los tolosanos hicieran algo parecido a los monjes de Cadouin, el abad se llevó el sudario a la abadía cisterciense de Obazine, en el Limousin. Pero cuando los de Cadouin se la reclamaron, los de Obazine hicieron oídos sordos.

A partir del siglo XIII hubo grandes peregrinaciones para ver el santo sudario, que atraía no sólo a los habitantes de Périgord sino a numerosos peregrinos.

¡Era demasiado valiosa para devolverla sin más!

En 1482, Louis XI se interesó por la reliquia. Los monjes de Cadouin fueron a hablar con él para exponer su caso y lograron que se la devolvieran. Pero no sólo eso, pues el rey permitió numerosos mercados y ferias en el pueblo para relanzar su economía. Y así fue. Mercados, ferias y una importante reliquia eran un fuerte atractivo para el turismo de la época.

Los peregrinos eran muy numerosos y hacían donativos cada vez más importantes. Quiero señalar dos de ellos, pues pueden mostrarnos la utilidad del sudario. Los habitantes de Saint-Austremouins ofrecen a Cadouin “diez libras de cera, en honor de N. S. J. C., de la Virgen y del santo sudario *para que cese la peste*”. La villa de Condom ofrece un cáliz con la inscripción “cáliz ofrecido al santo sudario a fin de que sus habitantes sean librados de la peste”. Estas ofrendas muestran que los peregrinos creían en el poder protector y curativo del santo sudario.

En 1643, el nuevo obispo de Sarlat efectuó su primera visita pastoral a la diócesis. Al llegar a la abadía de Cadouin, el prior le presentó documentos sobre el pasado esplendor de la abadía, y en especial el pergamino que cuenta cómo llegó el santo sudario hasta allí y los 2.000 milagros atribuidos al mismo. El obispo, señor Lingendes, llevó a cabo un *proceso verbal* que atestiguaba la autenticidad de la reliquia y escribió una carta pastoral destinada a relanzar el culto del santo sudario de Cadouin.

Durante la Revolución Francesa, en 1790, los monjes fueron dispersados, pero el sudario se salvó gracias a que el alcalde de Cadouin lo escondió en



Vista de la Abadía de Cadouin. (Archivo)



Vista al claustro de la Abadía de Cadouin. (Archivo)



Portada de la Abadía de Cadouin. (Archivo)

su casa. Y el 8 de septiembre de 1797 volvió a ser *ostendido*.

Las peregrinaciones continuaron, aunque fueron decayendo. Casi con seguridad, el renacimiento del culto a la Virgen, que hizo furor en toda Francia, no fue ajeno a la disminución de peregrinos en Cadouin. El culto al santo sudario era todavía vigoroso y atraía a una multitud de fieles, pero se echaban de menos los muchos peregrinos procedentes con anterioridad de toda Europa y hasta de América.

Monseñor Georges, obispo de Périgueux de 1849 a 1860, donó otra reliquia de la pasión a la iglesia abacial de Cadouin: un supuesto trozo de la cruz de Cristo, con certificado de autenticidad. Las dos reliquias se hallaban custodiadas en una capilla protegida por una verja de madera.

El 29 de junio de 1866, Nicolas-Joseph Dabert, obispo de Périgueux y Sarlat, se dirigió a los fieles de su diócesis por medio de una carta pastoral de 36 páginas en la que decía que el siguiente 5 de septiembre se celebraría una ceremonia para trasladar el lienzo a un nuevo relicario digno de *ese precioso monumento de nuestra redención*. También se refería a la importancia de las peregrinaciones e invitaba a los fieles a acudir a Cadouin el día señalado. Monseñor Dabert reafirmaba oficialmente, y sin ningún género de dudas, la autenticidad de la tela.

El 5 de septiembre de 1866 se realizó el traslado, que fue todo un éxito. Marie-Anaïs Beauregard, que estuvo en la ceremonia y la describió en su libro *Guía del peregrino*, nos dice que, a pesar de que se había

calculado en 6.000 el número de peregrinos, creía que esta cifra era muy baja.

Aunque no conozcamos el número exacto de peregrinos sí sabemos que monseñor Dabert tuvo éxito en su intento. A partir de ese momento, aumentaron las peregrinaciones al santo sudario de Cadouin. Cuando llegaban, los peregrinos podían encontrarse al fin a pocos centímetros de un trozo de tela que era testimonio de la resurrección de Cristo.

Diversos datos permitieron a Francez afirmar que el tejido procedía del Egipto fatimí y había sido confeccionado hacia 1100.

Durante el tiempo en que el lienzo estaba expuesto, un monje recogía las medallas, estampas y demás objetos que los peregrinos le entregaban y hacía que tocasen el santo sudario. De ese modo, parte de las propiedades milagrosas del lienzo se trasladaban al objeto con el que había estado en contacto.

Tras el relanzamiento del peregrinaje a Cadouin, se elevaron algunas voces que criticaban la autenticidad de la reliquia. Según un libro de 1870 del vizconde de Gourges, el sudario era el mismo que había visto el obispo de Périgueux Arculphe en el año 670. Inmediatamente apareció otro libro crítico con las ideas del vizconde. El nuevo libro era del conde Riant y en él afirmaba que la falta de datos entre 670 y 1210 (aproximadamente) hacía dudoso que el objeto fuera el mismo visto por Arculphe.

Sólo era una duda, así que nada pasó hasta 1903. En esa fecha, el canónigo Ulysse Chevalier publicó un artículo de 115 páginas sobre la sábana de Turín en el *Boletín de historia*

eclesiástica y arqueología religiosa de la diócesis de Valence, y en él proporciona algunos datos reveladores sobre el sudario de Cadouin. Pido a los lectores que recuerden este nombre, Ulysse Chevalier, pues volveremos a hablar de él.

Chevalier consideraba falsa la sábana de Turín —obra, según él, pintada por un artista del siglo XIV— y decía que, de los 40 lienzos que había estudiado, entre los muchos que pretendían ser la auténtica mortaja de Cristo, sólo había dos medianamente creíbles: uno de ellos era el sudario de Besançon y el otro el de Cadouin. Añadía también que Adrien de Longpérier había leído en el de Cadouin un verso del Corán y que, por ese y otros datos, la conclusión era que se trataba de un *voile musulman*.

Tras la publicación del artículo, el obispo de Périgueux, monseñor Delamaire, se vio obligado a consultar con un experto en tejidos antiguos. Su diagnóstico fue digno de la Sibila: *si el lienzo posee pruebas his-*

El año 1934, las peregrinaciones a Cadouin fueron suspendidas por el obispo y desde entonces la villa tuvo que aprender a vivir sin la inyección económica de las ostensiones del santo sudario.

tóricas de autenticidad, nada impide considerarlo del siglo I. Una forma espléndida de lavarse las manos. Así que el tema quedó zanjado y las peregrinaciones continuaron hasta 1933.

En esta fecha, el jesuita J. Francez preparaba una obra sobre los lienzos sepulcrales de Cristo y pidió fotos del de Cadouin para estudiar el tejido y comparar su trama con la del sudario de Turín. Cuando recibió las fotos, Francez descubrió que en el tejido podía verse la estrella copta de ocho puntas, perteneciente a una comunidad cristiana egipcia muy posterior a la época de Cristo. Este hecho, más sus conocimientos texti-

les, le hicieron sospechar que el lienzo era de origen egipcio fatimí. Pidió más fotos y en ellas encontró, además, un texto cúfico.

Francez envió las fotos a un experto en escritura antigua árabe, Gaston Wiet, director del Museo Árabe de El Cairo, y lo que éste encontró fue definitivo: un texto en el que aparece la expresión árabe *garante de los jueces*. Esta fórmula no se usó hasta el año 1078 de nuestra era: por tanto, el sudario de Cadouin era un tejido musulmán, probablemente del siglo XII, tal como había afirmado Chevalier 30 años antes.

Gracias a nuevas fotos, Gaston Wiet fue capaz de encontrar más frases, como *Mahoma es el enviado de Dios* y otras que hacían referencia a personajes concretos, por ejemplo a Abul-Qasim Schahanschal, quien ejerció sus funciones de 1094 a 1121. Por tanto, la fabricación de la tela debía situarse entre esas fechas. Esos y otros datos le permitieron a Francez afirmar que el tejido procedía del Egipto fatimí y había sido confeccionado hacia el 1100.

El año 1934, las peregrinaciones a Cadouin fueron suspendidas por el obispo y desde entonces la villa tuvo que aprender a vivir sin la inyección económica de las ostensiones del santo sudario. Hoy día puede visitarse en Cadouin el Museo del santo sudario. Allí se puede ver su último y exquisito relicario. Una obra excepcional.

Merece la pena apoyar a un pueblo que aceptó el veredicto de la ciencia con resignación. ¿Podemos decir lo mismo de Turín? Recuerden que, para Chevalier, el lienzo de Cadouin tenía muchas más probabilidades de proceder del siglo I que el de Turín.

